TROZOS DEL LABERINTO

Sergio Pitol

Ser invitado y asistir a la inauguración de la sede del Instituto Cervantes de Sofía, realzada por Sus Altezas los Príncipes de Asturias, lo considero un altísimo honor. Sabía desde semanas atrás que la biblioteca de este Instituto llevaría mi nombre, pero verme aquí rodeado de distinguidas personalidades de España y Bulgaria, el director del Instituto Cervantes, la directora y los profesores de esta institución, mi editor de Barcelona y un puñado de excepcionales escritores, amigos míos de muchos años, eso, señoras y señores, jamás lo hubiera soñado.

I. Premio

Desde el primer día de diciembre pasado, cuando me otorgaron el Premio Cervantes, he recorrido trozos del laberinto que ha sido mi vida, un niño huérfano víctima por cinco años del anófeles *malarii* en un ingenio azucarero cercado por la jungla, las maravillosas lecturas durante esos años, de Verne hasta Tolstoi, la avidez por los viajes y su abundancia, el adolescente izquierdista, el joven elegante, libertino y esnob, el *beatnik*, casi el *hippie* a la sombra del budismo Zen y el tibetano, quince años de solemne diplomático y otras encarnaciones más para acabar en una vida casi franciscana. En ese repaso pude de nuevo descubrir que la unidad de todos aquellos fantasmas del pasado se congregaban en la literatura. Ella me descubrió un camino de rigor e imaginación. Cincuenta años de escritura fueron requeridos para alcanzar a esta biblioteca que lleva mi nombre.

II. La biblioteca

La biblioteca ha tenido como una de sus características su calidad de uso colectivo. En las sociedades democráticas la biblioteca es uno de los templos del saber. Un templo, pero no una iglesia. La diferencia es que el lector puede moverse en ella a su libre albedrío, tiene multitud de opciones. Puede encontrar un libro cuyo contenido lo domine, lo convierta en sectario de una idea, o aún de una ideología, pero encontrará tal vez otros que operen como antídoto para liberarlo de cualquier sumisión. Al entrar a ese recinto con muros cubiertos de libros el supuesto lector se interna en un espacio regido por una instancia libertaria. De repente, puede ocurrir que un lector, después de la impresión dejada por algunos libros inesperados, cambie de vida, de profesión, descubra la grisura que tiñe su vida actual e intente transformarse en otro individuo. En fin, en los estantes de una biblioteca están colocados millares de libros, para que muchas manos los tomen, las de los maestros, las de los alumnos y en algunas partes aun las de cualquier persona que así lo desee. La biblioteca debe ser un recinto ampliamente democrático, como son las que existen en todas las sedes del Instituto Cervantes.

III. Los libros

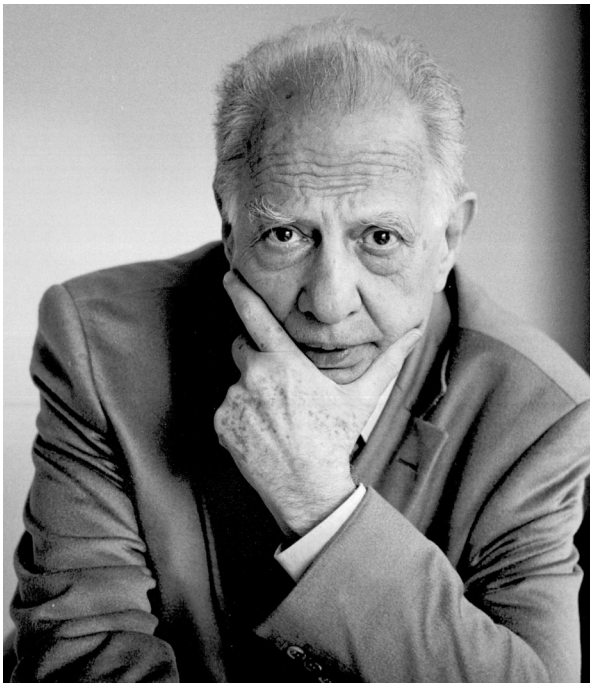
En diciembre de 1996 viajé por Alemania con el poeta peruano Carlos Germán Belli. La última etapa fue Weimar. Estaban reconstruyendo los antiguos teatros de la ciudad para que fuera capital cultural de Europa en el año 2000.

Weimar, ya se sabe, es la ciudad de Goethe y de Schiller. Allí un funcionario de cultura nos invitó a comer. De entrada nos declaró que el libro era ya un objeto del pasado, que tenía los días contados, que el hombre actual podría evitar las molestias de su frecuentación, puesto que la Internet le resolvería cualquier necesidad de entretenimiento e información. La Internet, nos asestó en varias ocasiones, es el vehículo cultural del presente. Su aparición reviste la misma importancia que el invento de Gutenberg en su época. Las bibliotecas se transformarán en edificios de oficinas y viviendas. Los poetas no le son ya necesarios a nadie. Lo decía con gozo y complacencia. El poeta Belli y yo nos fastidiamos, le dijimos de varios modos que lo que decía nos parecía una locura, una voz de la Edad Media, y salimos de allí a buscar una librería y deleitarnos con la presencia de los libros. Tocarlos fue como una afirmación. Para nosotros, lo que mayor valor tiene en Alemania son sus libros.

Por fortuna, aquel funcionario se había equivocado. Las ferias del libro en toda Europa y en nuestro continente han repuntado de una manera impresionante. Estoy seguro de que durante largo tiempo el libro no desaparecerá, y si fuera así no sería por el uso de la Internet y otros medios audiovisuales ya que esos sistemas de comunicación son susceptibles de potenciar los efectos unos a otros.

IV. La palabra *libro*

La palabra *libro* está muy cercana a la palabra *libre*; sólo la letra final las distancia: la *o* de *libro* y la *e* de libre. No sé si ambos vocablos vienen del latín *liber* («libro»), pero lo cierto es que se complementan perfectamente; el libro es uno de los instrumentos creados por el hombre para hacernos libres. Libres de la ignorancia y de la ignominia, libres también de los demonios, de los tiranos, de fiebres milenaristas y turbios legionarios, del oprobio, de la trivialidad, de la pequeñez. El libro afirma la libertad, muestra opciones y caminos distintos, establece la individualidad y al mismo tiempo fortalece a la sociedad y exalta la imaginación. Ha habido libros malditos en toda la historia, libros que encarcelan la inteligencia, la congelan, y manchan a la humanidad, pero ellos quedan vencidos por otros, generosos y celebratorios a la vida, como el *Quijote*, *Guerra y paz*, las novelas de Galdós, todo Dickens, todo Chéjov, todo Shakespeare, *La montaña mágica*, el *Ulises*, los poemas de Whitman y los de Rubén Darío, Leopardi, López Velarde, Rilke, Pablo Neruda, Octavio Paz, Antonio Machado, Luis Cernuda, Gil de Biedma y tantísimos más que derrotan a los otros. Si el hombre no hubiese creado la escritura no habríamos salido de las cavernas. A través del libro conocemos todo lo que está en nuestro pasado. Es la fotografía y también la radiografía de los usos y costumbres de todas las distintas civilizaciones y sus movimientos. Por los libros hemos conocido el pensamiento chino, griego, árabe, el de todos los siglos y todas las naciones. En fin, el libro es para nosotros un camino de salvación. Una sociedad que no lee es una sociedad sorda, ciega y muda. ■



Sergio Pitol.

Fragmento del discurso de Sergio Pitol en la inauguración de la biblioteca del Instituto Cervantes de Sofía.

Sergio Pitol es premio Cervantes 2005. Novelista y traductor, sus más recientes títulos son *El mago de Viena* y *El viaje*.